

Un libro sobre la carrera espacial, 'Más allá' de Stephen Walker, reescribe la historia del primer hombre en órbita

Gagarin, nuestro adelantado en las estrellas

JACINTO ANTÓN, Barcelona
Las chocantes imágenes de nazis en la Luna que muestra el desafiado filme *Iron Sky* (2012) podrían haber sido verdad de ganar el Tercer Reich la Segunda Guerra Mundial. Stephen Walker, escritor y cineasta del que acaba de publicarse en España un libro espléndido sobre la carrera espacial, *Más allá* (Capitán Swing, 2023), lo tiene muy claro:

habría habido programa espacial nacionalsocialista. Tenían los cohetes (eran entonces los únicos en poseerlos, las famosas V-2) y tenían al genio para desarrollarlos, Wernher Von Braun, que fue de hecho el que lo hizo luego para EE UU. "Von Braun se dedicó a hacer armas milagrosas para Hitler, pero su sueño y su objetivo prioritario era la conquista del espacio, y era muy persuasivo", señala Walker (Londres, 61 años). "Hubiera puesto la esvástica en la Luna, sí".

Finalmente, al acabar la guerra mundial con la derrota nazi, los estadounidenses pillaron a Von Braun y aprovecharon sus conocimientos de coherencia. Los soviéticos atraparon a otros científicos alemanes y la realidad es que ambos programas espaciales, el de EE UU y el de la URSS, se iniciaron con los cohetes de guerra de Hitler capturados.

Walker recuerda que Von Braun, pese a la radical limpieza de expediente que le hizo el Gobierno estadounidense era "un criminal amoral, un tipo

sin escrúpulos que fue miembro de las SS y utilizó trabajo esclavo para construir las V-2". La mala opinión de Walker sobre Von Braun tiene incluso una justificación personal: "A mi madre casi la mata una V-2". Von Braun, el hombre que llenó de cráteres Londres con sus cohetes, "irónicamente tiene uno en la Luna con su nombre", recuerda.

En principio, los cohetes heredados por estadounidenses y soviéticos no iban a servir para la conquista del espacio sino para continuar su misión exterminadora, y esta vez portando cabezas nucleares. Pero las dos potencias se dieron cuenta de las posibilidades estratégicas y de propaganda que tenía ir al espacio. *Más allá* cuenta de manera magnífica, con muchísima emoción y una documentación que incluye fuentes primarias directas esa rivalidad que condujo a la humanidad a traspasar sus fronteras.

Yuri Gagarin, el primer hombre en el espacio, bajito, de 1,65 metros (para que cupiera en la cápsula, su pequeña esfera *Vostok*), centra muchas páginas del libro, entre ellas algunas de las más resplandecientes (la descripción de su vuelo, sensacional, te hace sentir como si estuvieras allí), pero, puntualiza Walker, "nunca pensé en el libro como una biografía de Gagarin, sino como un retrato de un momento en el tiempo". La suya dice, "no es solo la historia de un hombre in-

trépido que fue al espacio y abrió nuestro camino hacia las estrellas afrontando terribles incertidumbres sino de la gente extraordinaria que lo rodeaba —entre ellos muy especialmente el jefe Serguéi Koroliov, el secreto genio soviético padre del programa de la URSS—, y la de toda una época en la que la aventura espacial fue un verdadero campo de batalla".

Walker, que enriquece su relato con un extraordinario hálito literario, se centra en los seis meses que culminan con el lanzamiento de Gagarin en la *Vostok* el 12 de abril de 1961 y en ellos condensa el fenómeno entero de la carrera espacial. En el núcleo de esta, y en el del abrumador éxito soviético desde que pusieron en órbita el *Sputnik*, la famosa "luna roja" en 1957 hasta que EE UU logró pasar por fin delante con la llegada a la Luna del *Apolo 11* en 1969, el escritor descubre una paradoja. Pese a tener una tecnología peor, la URSS consiguió todos los primeros grandes éxitos. Pero es que lo logró precisamente, dice, porque era inferior: sus bombas atómicas eran más primitivas y pesaban mucho así que desarrollaron cohetes enormes y potentísimos para llevarlas, los espectaculares R-7. "Iban atrasados y por eso adelantaron a los estadounidenses", señala Walker; esos grandes cohetes permitieron (cambiando las ojivas termonucleares por cápsulas) conquistar el espacio.



Yuri Gagarin, en abril de 1961 antes de su viaje espacial. Debajo, *Más allá*, de Stephen Walker. / GETTY



"Von Braun hubiera llevado a Hitler a la luna", señala el escritor

"Vengo del cielo", dijo el cosmonauta a las campesinas que lo encontraron

Además, la dictadura comunista no tenía que rendir cuentas de sus errores ni ejercer la transparencia a que estaba obligada la democracia estadounidense. El secretismo soviético permitía que los fallos pasaran desapercibidos y solo se conocieran los triunfos. "Es increíble los riesgos que corrieron los soviéticos, con una tecnología que hoy nos sorprende por precaria. Pero lo lograron, fue su momento".

Otra paradoja que subraya Walker es que si los estadounidenses hubieran ido por delante en la carrera espacial probablemente no se hubiera llegado a la Luna en 1969. Fue la vergüenza torera de Kennedy (y de todo el país) ante los éxitos continuados del rival la que llevó a que EE UU se conjurara a hacer algo grande (y muy caro) antes que los soviéticos.

El escritor señala lo maravillosas que fueron las realizaciones de la carrera espacial. Hacía solo 60 años que los hermanos Wright habían levantado el vuelo en Kitty Hawk, en 1903 y la humanidad ya estaba saliendo de la Tierra. "Yo vi la llegada a la Luna con mi abuelo que había sido piloto en la Primera Guerra Mundial, así de rápido fuimos al espacio". Walker recuerda sin embargo que luego se ha producido un frenazo. "De niño estaba seguro de que llevaría a mis hijos de vacaciones a la Luna, y eso no ha llegado".

Walker es más sensible a la mística del cosmonauta (soviéti-

co) —se centra en los reclutados para el primer vuelo, los Seis de Vanguardia— que la del astronauta (estadounidense) —los equivalentes Siete del Mercury, Glenn, Shepard, Grissom, Schirra..., los "escogidos para la gloria" de Tom Wolfe—. Ya la palabra le parece más evocadora en el primer caso, así como el traje naranja. Los soviéticos, dice, eran (y son, ha en-

trevistado a muchos) más poéticos y filosóficos al hablar del espacio y de la belleza de sus observaciones allá arriba que los estadounidenses, "más tecnócratas y aburridos". En ninguno de los dos programas había todavía mujeres. Hubo que esperar a 1963, con Valentina Teresko en la *Vostok 6*. La primera astronauta estadounidense, Sally Ride, voló en el transbordador espacial en 1983.

El escritor se emociona al hablar de Gagarin (la misma emoción que brota constantemente en el libro). "La suya es la historia de un hombre haciendo lo increíble, dar el primer paso en el cosmos. Cuando entra en órbita y mira por la ventana de la pequeña esfera en la que viaja y ve algo que jamás antes ha visto nadie, la Tierra en toda su belleza, y las estrellas como luces ultraterrenas, todo eso es mágico. He intentado llevar al lector hasta ahí".

El escritor recuerda lo que era ser entonces un cosmonauta de la URSS, a lo que Gagarin llegó desde la aviación de combate: "Estar sobre un misil

sustituyendo a una bomba nuclear y con el 50% de posibilidades de que todo explotara. Hacía falta mucho valor". Destaca que "se corrieron riesgos tremendos sobre los que se mintió durante décadas".

Tras su extraordinario vuelo, en el que estuvo a punto de morir (la *Vostok* se puso a girar fuera de control), aunque eso no se reveló entonces, Gagarin, "el hombre del destino", no regresó en su nave aterrizando o amerizando como hicieron luego los astronautas estadounidenses, sino que fue eyectado y llegó en paracaídas. No había multitudes esperándolo en el campo de labranza donde cayó, sino que se encontró a dos campesinas asustadas y una vaca. "Vengo del cielo", les dijo. "¿Dónde hay un teléfono?". Afortunadamente en la escafandra le habían pintado en el último momento las letras CCCP (URSS).

Walker cierra su libro con unas palabras sobre Gagarin que sintetizan toda la grandiosidad y belleza de su empresa y que siguen resonando en la cabeza cuando miras al cielo. "Había dado la vuelta a la Tierra y había visto las estrellas. Había visto la noche y luego un nuevo día avanzando hacia él a toda velocidad en su pequeña nave. Había visto la belleza imposible de la atmósfera que permite la existencia de la vida. Y también había visto su extrema delgadez. Lo había visto todo. Y había regresado".